



Los habitados de Piedad Bonnett: el dolor convertido en lenguaje

Nathalia Alejandra Olmos Ortiz

CAT Ibagué – Semestre X
Lic. en Lengua castellana

*Verbalizar es conjurar el dolor,
el verdadero dolor viene en el silencio,
En los momentos de pura soledad.*
Piedad Bonnett

*Cuando la muerte se precipita sobre el hombre,
la parte mortal se extingue; pero el principio
inmortal se retira y se aleja sano y salvo.*
Platón

En este ensayo se apreciará el sentimiento hacia la muerte y lo que este conlleva en el ser humano, se transportará a los pensamientos más inhabitables e imaginables que el dolor de una partida puede hacer llegar. Si es el turno nuestro sentir un dolor tan grande como es el de ver partir a un ser querido se podrá entender muchas de las preguntas más frecuentes hacia la muerte en sí.

Cuando Piedad Bonnett en su obra *Lo que no tienen nombre* (2013) relata cómo la enfermedad



Piedad Bonnett

de su hijo lo lleva al suicidio y cómo a pesar del dolor ella puede escribir. Es a través de esta experiencia de la escritura como puede transmitir la experiencia de otros, pero no aquellos que estén en su misma situación, sino más bien a toda persona que le incumbe la naturaleza del duelo, de lo

humano. Esa conexión entre madre hijo prevalece a pesar de su prematura pérdida y la expone en su libro de poemas *Los habitados* (2017), que funciona como una respuesta a una conversación que está dado en esa conexión singular. Bonnett propone que la literatura es “el lenguaje que nos remite a una realidad que la mente no puede comprender” (p. 18), como mejor vehículo para hablar de realidades dolorosas que no se podría compartir o apreciar con los demás de manera natural. Sin duda es el lenguaje de quienes las oralidades no les funciona y, en medio del duelo, debe haber algo que funcione como una especie de catarsis para asumir el dolor.

En *Los habitados*, la escritora recrea una casa a partir de la metáfora como recurso literario. Cada poema pretende ser una habitación en la que se expresa uno a uno una perspectiva diferente al mismo dolor. El dolor de la partida de su ser querido.

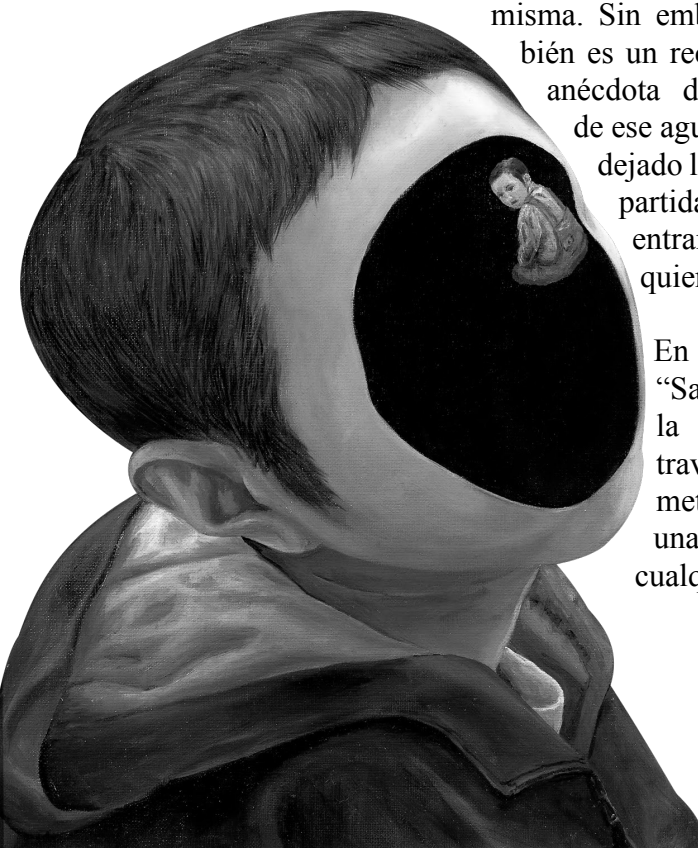
En su poema “El último instante”, la poeta representa el momento exacto de la partida del mundo terrenal de ese ser querido. Pasó a paso, a través del lenguaje lleno de metáforas, expresan cada cosa, cada pensamiento que no fue. Esa salida que ella misma considera una derrota a la vida misma. Sin embargo, también es un recuerdo, una anécdota demostrativa de ese agujero que ha dejado la prematura partida de ese ser entrañable para quien escribe.

En el poema “Sal sobre la herida”, a través de la metáfora de una costura en cualquier tela,

Bonnet nos demuestra cómo cada recuerdo con el paso del tiempo se siente como una herida abierta a la que sin duda alguna se infecta cada vez que algunos de estos recuerdos aparecen y duelen y arden sin medida, sin ninguna cuerda que pueda medir ese dolor. Porque para cualquier persona que ha perdido a un ser querido de la forma en que fuera, duele. No obstante, y sin discriminar el dolor de nadie, quien pierde a alguien de una manera dolorosa, sufrida y tormentosa, sus recuerdos serán más penosos y llenos de sinsabor. Como si aplicarás sal sobre alguna herida abierta.

“Pido al dolor que persevere”, es el último poema del libro de *Los habitados*, puesto en la página después de que cada cuarto muestre la angustia, el sufrimiento, la desolación de la partida. Desde la sencillez del lenguaje con ritmos desabridos en la singularidad del dolor, Bonnet finalmente siente -aunque está inmersa en ese sinsabor, no quiero por nada del mundo olvidar- experimentar el olvido como algo más doloroso que la muerte en sí. Cada palabra, cada cuarto simboliza ese grano de recuerdo que sirva de consolación para ese amor filiar que solo con la muerte podrá olvidarse.

Todo el mundo siente compasión por el dolor del otro, de lo cual es algo mendaz. La literatura es un gran testimonio al sentimiento de dolor que habita en cada ser. Por su puesto que el tema más tocado en sus poemas es el de la muerte de diferentes formas. Al ser humano le ha perturbado bastante la muerte, es preciso señalar que “la muerte está siempre presente; no sólo en cuanto toda vida se dirige, como a su término, hacia la muerte, sino en cuanto la muerte está siempre ya en la vida, mirándola, carcomiéndola, desarrollando sin descanso su obra” (García-Borrón, 1956: 200). Cada autor que habla de la muerte, en últimas busca una salida a toda la angustia que les genera el pensamiento de la muerte misma. La dicotomía de la vida y la muerte surge entre la razón misma del ser, no se piensa una sin la otra. Pero son como el agua y el aceite no hay



una disolución entre ellas, siempre hay algo que nos hace pensar en ella entendiéndose como el fin, “La muerte es el momento culminante de la existencia, la escena definitiva de la tragedia de ésta, y da por lo mismo, su sentido a la tragedia entera” (García -Borrón, 1956: 202).

La fatalidad de una partida puede ser un detonante para un posible cambio de ese ser que sufre una ausencia, pero también un estancamiento de sentimientos. De desasosiego y desconcierto está lleno el duelo. Para la psicología es saludable sentir el duelo de la pérdida, llorar, gritar, sentir rabia; está bien que una persona sufra por otra porque se entiende el duelo como un proceso en movimiento, con muchos cambios de expresión y no con estados estáticos y rígidos, que podrían afectar la salud mental de las personas.

A los seres humanos les perturba mucho la muerte de un cercano, casi así que se les obliga adornar su partida con ceremonias que conmemoren su alma cada cierto tiempo, porque finalmente eso es lo que importa después de la muerte, hacia donde llegara su alma. La putrefacción del cuerpo es inevitable; sin embargo, se presenta como impureza el no disponer de un lugar establecido como digno para que el cuerpo descanse en paz mientras se descompone. Si no hay una cristiana sepultura, un adiós o al menos un reconocimiento, no habrá pureza, no habrá paz para ese ser que alguna vez fue terrenal y digno de una partida, sin importar si sus acciones serán aplaudidas y sus actos serán apreciados.

La individualidad del ser humano se expresa mediante el posible olvido que pueda ocurrir con el pasar del tiempo, que solo podrá ser recordado mientras su fecha de partida se repite en el calendario. El dolor está refugiado en el miedo que, acompañado de un profundo sentimiento de vacío, se puede describir como el duelo, una herida abierta, que con el paso del tiempo se convierte en cicatriz, pero como popularmente se denomina, está cicatrizando en falso; cada vez que se re-

cuerda se siente en el alma el dolor, ese dolor que va cesando; sin embargo, nunca habrá una cicatrización. A través de la literatura se expone de una manera desnuda este sentimiento acompañado de palabras y lecturas que sirven como algún medicamento para esa cicatriz, pero que nunca ese antídoto nos podrá funcionar exponiendo así la condición más humana posible desde la muerte.

Referencias bibliográficas

- Bonnet, Piedad. (2013) - Lo que no tiene nombre
Bonnet, Piedad (2017) - Los habitados
Frutis, Guadarrama Oscar (2013) -La muerte en el pensamiento séneca: una lección moral
Moring, Edgar (1974)- El hombre y la muerte
Pizarnik, Alejandra (2003)- Diarios
Aries, Philippe (1974) - La muerte en occidente
Abad Faciolince, Héctor (2006) - El olvido que seremos
Montaigne, Michel de (1580) – Ensayos 1 – de la tristeza

